



AÑO IV

BARCELONA 27 DE ABRIL DE 1885

NÚM. 174

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotografica por el método Meisenbach)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—ACUARELA, por don J. Miralles y Gonzalez.—EL REGIDOR, por don Carlos Coello.—SOLITA (conclusion), por don Enrique Perez Escrich.—LOS TERREMOTOS, por don José Echegaray.

GRABADOS: TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotografica por el método Meisenbach).—EN EL GABINETE DE SU EXCELENCIA, cuadro por Max Volkhardt.—EL CAMPO, dibujo por J. R. Wehle. UN DIA DE GALA EN HAMPTON COURT, estatua en mármol por Ernesto Herter.

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA

(reproduccion fotografica por el método Meisenbach)

Tocóle el turno á una rubia. No sabemos por qué las rubias están algo preteridas cuando se trata de mujeres hermosas.

O mejor dicho, demasiado sabemos el por qué de esa desproporcion entre rubias y morenas. La hija del medio día llama la atencion desde el momento en que la llaman sus ojos. Unos ojos negros, rasgados, brillantes, nadando en ese fluido peculiar á las mujeres de sangre ardiente, disimulan muchas imperfecciones. Las morenas subyugan, se imponen.

Con las rubias sucede todo lo contrario; es preciso que la perfeccion de cada una de las partes dé por resultado un conjunto perfecto, absolutamente armónico, en que no desentone una sola de las partes. Su expresion general es dulce, modesta, cual de víctima predestinada. La rubia es la violeta que se oculta; la morena es el clavel que se yergue como orgulloso de sí mismo.

En una palabra; para ser rubia y hermosa hay que ser rigurosamente hermosa; intachablemente hermosa, tan hermosa como el tipo que hoy publicamos.

EN EL GABINETE DE SU EXCELENCIA, cuadro por Max Volkhardt

Esta composicion es notable no sólo por el carácter y buena disposicion de los personajes, sino por la riqueza de sus detalles y accesorios. Sin grande esfuerzo se echa de ver que S. E., ó sea el ministro, es el mariscal que permanece sentado: él es quien, al parecer, habla más fuerte, él quien se acompaña con movimientos más enérgicos é imperativos, él quien afirma con la mano diestra y amenaza con el puño izquierdo. En su arrogante porte, en su mirada altiva, en su actitud de hombre verdaderamente superior, se descubre al ministro omnipotente, al favorito de la fortuna, al conde que paga que es el verdadero conde.

Sin embargo, sus interlocutores no son ranas, como suele decirse. De seguro que no pertenecen á la humilde clase de los pretendientes. Y pues sus trajes y fisonomías son enteramente civiles y no parecen amilanados ante la imposicion del sable, cuyo poderoso elemento representa S. E.; hemos de afirmar que los interlocutores del ministro deben ser dos grandes capitalistas, dos grandes banqueros, cuyo concurso es indispensable para llevar á cabo alguna empresa que dé ocasion de hablar á las cancillerías.

En términos vulgares, S. E., prudente hombre de estado y entendido general, negocia un prosaico empréstito y trata de excitar la fibra del patriotismo en el corazon de los acaparadores del dinero. ¡Inútil empeño, Excmo. Señor! La banca no se entusiasma fácilmente ante la idea de unas cuantas banderas enemigas colgadas en el altar de la patria; los pesos duros pertenecen á una familia tan bien unida que únicamente se encariñan entre hermanos y parientes inmediatos.

Tal es la impresion que nos causa este lienzo: su autor ha ejecutado el asunto sin esfuerzo y sin exageracion: es un enigma de buen género que se descifra con cierta facilidad, gracias á la precision de su forma.

EL CAMPO, dibujo por J. R. Wehle

Hé aquí una preciosa composicion en la cual, cosa nada comun, ni las figuras hacen desaparecer el efecto del paisaje, ni éste resalta á expensas de los personajes, que generalmente no pasan, en tales cuadros, de ser unos simples adornos, unos complementos para animar á una naturaleza, cuyo movimiento no es apreciable para nuestros sentidos. Hay en esas tiernas criaturas dosis suficiente de candor, de juventud, de placer, y el autor ha demostrado al dibujarlas que simpatiza con su bello idilio. A su vez en el campo donde este tiene lugar, hay sol, aire, luz, perfecto conocimiento de los términos, hasta perderse en un horizonte tranquilo, bañado por los postreros rayos del sol de junio.

A la vista de tan apacible escena se siente uno inclinado á acusarse á sí mismo y calificarse de necio por no correr á ese sitio, al cual no llegan ni los aires mefíticos de la ciudad, ni las tunantadas del mundo, más mefíticas que esos aires. La niñez que es más espontánea en sus inclinaciones y no sujeta sus actos á esas ambiciones de toda suerte que matan lentamente á los vecinos del gran mundo; los niños, decimos, aman el campo: los de nuestro cuadro respiran salud y bienestar. ¡Bien merecen solazarse al aire libre aquellos que parecen destinados á respirar el nauseabundo ambiente de esas grandes cárceles que se llaman ciudades de primer orden!.

Así lo entienden los extranjeros que, á medio poder, salen al campo siquiera los días de asueto. En España está menos generalizada esta costumbre; pero esto sería un

argumento cuando nuestros hijos no fueran, por regla general, los más débiles y entecos de los pueblos cultos.

UN DIA DE GALA EN HAMPTON COURT

Hampton Court es, ó mejor dicho, era un lugar de esparcimiento y recreo para los habitantes de Londres, muchos de los cuales, recordando las costumbres de otros tiempos, no dejan de hacer aún sus excursiones á aquel sitio ameno y pintoresco en que respiran un aire muy diferente del que pesa sobre la capital y se ven momentáneamente libres del bullicio que en ella reina. En épocas no muy lejanas las autoridades de la gran metrópoli acudian también á Hampton Court á celebrar los días de gala y públicos regocijos, representando nuestro grabado un episodio de estas fiestas, en el que el Lord Mayor baja de Londres en un elegante esquife, lleno de adornos dorados y prolijas labores, que se reflejan en las mansas aguas del renombrado Támesis.

AQUILES HERIDO, estatua en mármol por Ernesto Herter

En la mitología griega es Aquiles la deificacion del valor. Y sin embargo, el valor de Aquiles, rectamente juzgando, no pasó de ser otra de tantas monedas que circulan sin que nadie se tome la molestia de contrastarlas. Veamos lo que se llama su historia.

El héroe nació de Peleo y Thetis: apenas venido al mundo, su madre le sumergió por completo en la Estigia lo cual, mediante el empleo de cierta fórmula sacramental, hacia su cuerpo invulnerable en cuantas partes fueran bañadas por el agua de la famosa laguna. Siendo así, nada más fácil que ser valiente, toser fuerte y dar que hablar á las gacetas de los periódicos, si los habia cuando la guerra de Troya. Ello, empero, no todo fueron laureles para Aquiles; Agamemnon le despojó de su querida y París le dió la muerte de un saetazo que le hirió en un tendón del tobillo, precisamente en el punto por donde le tenia cogido su madre cuando le bañó en las aguas de la inmortalidad.

La hermosísima estatua de Herter representa al héroe griego en el momento de clavarse la saeta fatal. La expresion del semblante, la actitud del personaje, toda la parte anatómica de la figura, están ejecutadas con un vigor y talento de primer orden. Lo único que no encontramos conforme con la tradicion es la vestidura y sobre todo el casco de Aquiles. Este recibió la muerte en el acto de ir á desposarse con la hija del rey Priamo para cuya ceremonia tenian los griegos un traje especial.

Segun Diderot, la ficcion de Aquiles, ó sea del héroe vulnerable solamente en un punto de su cuerpo, es el símbolo de lo que ocurre con todos los hombres extraordinarios. Por perfectos que sean, por grandes que hayan sido sus esfuerzos para sobresalir entre los demás hombres, siempre han tenido un punto flaco, y siempre, también, es un chisgaravis, un miserable como París, quien descubre ese punto mortal.

ACUARELA

La picó: sacó miel, fué volando.

Madrigal.

I

Los frescos pámpanos frondosos y las hojas, de un verde oscuro, de las enredaderas, salpicadas de campanillas azules, blancas y violáceas, se abrazaban apretadamente á la escueta armadura de hierro que dibujaba, con matemática exactitud, el contorno de una galería embovedada alrededor del jardín. En una tarde del hermoso mayo, como esta de que vamos á hablar, era una delicia estar allí. Vefanse como estremitas azules, oscilando temblorosas, por entre los resquicios de trasparente esmeralda del follaje: el cielo no podía traslucirse de otro modo, en aquel sitio, cobijándose bajo la fresca bóveda de aquella frondosa enramada.

Las industriosas abejitas lucian sus dorados anillos, con una indiferencia que hacia el elogio de su natural elegancia, volando de acá para allá, sin miedo á tratados de comercio ni á carabineros de aduanas, en busca de la primera materia con que fabrican su exquisita miel; los jilgueros practicaban el más inocente y deleitoso de los sistemas parlamentarios, sin reglamentos ni presidentes, ocultos en la copa de los árboles y charlando más que vecinas curiosas en casa de corredor; ensayaban improvisadas melodías los ruiseñores; andaban murmurando, Dios sabe de quién, los arroyuelos en cuyos cristales se miraban las rosas y las amapolas con una insolencia y vanidad sin ejemplo; el vienteillo suave no dejaba en paz á las flores, rizaba los tallos verdes de las espigas, jugueteaba con las hojas de los lirios, revoloteaba en las ramas de los árboles, columpiaba los pámpanos del emparrado, sacudia las corolas de las campanillas azules, trezaba los cristales de las aguas, pulverizaba los hilos finísimos de agua de los surtidores de las fuentes y hacia bailar á las margaritas silvestres y á las amapolas, discurriendo traviesamente de acá para allá, por aquel encantado recinto, sin tino y sin sosiego, de suerte, que el vaiven de las azucenas se confundía con el vuelo caprichoso de las blancas mariposas.

¡Figúrense ustedes qué picardías haría el calaverilla vienteillo al tropezar, bajo la bóveda de pámpanos y enredaderas, con la figura interesante de la señorita doña Aurora de Pardamonte! ¡No es para contado! Tenia atre-

vimientos tan reprensibles como los de dejar al descubierto los lindos piecitos de la jóven, primorosamente encerrados en unas chinelas no tan discretas como fuera de apeteer, puesto que permitian que se viera el color ceniciento de las medias de raso. Se permitía rectificar el exquisito perfil de aquel cuerpo que ceñía una bata de color de nieve salpicada de lazos rojos. El muy irreverente posaba sus dedos invisibles sobre la frente purísima y tersa de Aurora y trazaba caprichosas curvas con los hermosos rizos de aquel cabello, negro y sedoso, y hasta se tomaba la licencia de mover las pestañas de aquellos párpados de rosa nacarada, ni más ni menos que si fueran cuerdas microscópicas de un arpa liliputiense. Y la llevaba á los oídos todos los ruidos, cantos y rumores del jardín; se permitía besar aquellos labios semejantes á un clavel cuajado de rocío...

En tanto que Aurora soñaba despierta, víctima de una pesadilla, dejando vagar su espíritu por el espacio inmenso de los sueños juveniles...

II

¿Quién era Aurora? Una jóven, niña aún por el candor inocente y sencillo de sus pensamientos. Educada en las prácticas devotas de un colegio que dirigian las hermanas de la Caridad, sus goces de aquel tiempo estaban contenidos en las ceremonias religiosas. No llegó á apurar la copa de los arrobamientos místicos; pero sin emular á Santa Teresa, no se quedó tampoco rezagada en el camino ideal de los entusiasmos celestiales. Las voces del órgano, graves y solemnes; las nubes de incienso que se perdian en la alta cúpula, dejando ver las luces de los cirios y las velas como estrellas de fulgor moribundo, veladas por los cendales blancos de un cielo primaveral; el centelleo de los cristales de las arañas; el rumor pausado de los rezos; el deslumbrador reflejo de la custodia que brillaba, en lo alto del ara, como un sol de fuego entre constelaciones de diamantes; todas estas hermosas exterioridades del culto, unidas á ciertos pensamientos del Evangelio que enamoraban su alma delicada, vaso de ternura y templo delicioso de aspiraciones dignas de un artista, habian recreado y afiligranado, por decirlo así, su virgen espíritu.

De aquella mansion acababa de salir, dispuesta su alma para las difíciles prácticas de una humildad ejemplar, sin haber conocido, hasta el único día de su historia de que tratamos aquí, otra cosa del mundo que sus pompas y alardes, algunas amistades de compañeras suyas que arraigaron poco, como sucede con frecuencia, en su corazon, y aquel trato discreto y aquella elegancia de modales sin los que ciertas gentes no pueden ni deben acostumbrarse á la vida social.

III

Por causas de positiva conveniencia, de que no debo hacer mencion aquí, Aurora estaba destinada á ser la esposa de su primo Laureano García y Pardamonte, hijo único de uno de los más opulentos cosecheros de aceituna que conocieron los olivares andaluces. Ella habia consentido, ante las razones de utilidad mercantil que le explicó su padre, en contraer este enlace, no sólo porque su corazon estaba entonces como un encerado en el que no se habia escrito el nombre de ningun pretendiente, sino porque Aurora era incapaz de oponerse á la voluntad del autor de sus días. Ya he dicho que la humildad sin condiciones era el rasgo característico de su alma. Habria muerto, ahogada por el dolor, sin murmurar una queja, ántes que permitirse ni las más justificadas rebeldías.

No conocia á su primo, ignoraba sus condiciones, sabia únicamente que era honrado y que á su padre le parecia el mejor y el más digno de compartir su suerte. Estaba decidida á aceptarle como esposo. ¿Por qué? Las razones, fuera de las dichas, que tuviera para proceder así, ella misma las ignoraba. Acaso su inexperiencia y la falta total de pasiones que habia en su alma, explicarian este frecuente misterio, cuyo olvido ha ocasionado más catástrofes y originado más desdichas que la ambicion de los conquistadores.

IV

Si en aquella alma candorosa arraigaba algun día una ilusion, una pasion ideal cualquiera, y tomaba cuerpo y crecia... Aurora hubiera muerto lentamente, devorada por una nostalgia infinita. Y su padre no habria sentido remordimiento alguno. ¡Y la ciencia hubiera escudriñado vanamente la causa de aquella muerte!

Ello fué,—reanudando el hilo de esta verídica historia,—que aquella tarde la jóven soñaba despierta. El encendido calor de tanto aroma, lo apacible del ambiente, la calma y el encanto de aquel lugar, el violento curso de la sangre juvenil que toma como nuevos y más vigorosos alientos de la primavera, el sosiego muelle de su tranquilo reposo, velaron á medias el límpido cristal de sus ojos y la sumieron en ese sopor lánguido en que la vida del pensamiento se confunde, en la excitada fantasía, con la vida real, cuando los deseos encuentran imágenes que los simbolizan y las ideas cuerpo y color.

Pensando en su primo, inquiriendo con temeraria inquietud los misterios del porvenir, por causa voluntaria ó por razon ajena á su voluntad, ello es que pensó que se acercaba á hablarla, con timidez encantadora, un jóven muy simpático, muy fino, muy discreto, algo turbado por su presencia y que, difícilmente, podia resistir el influjo de

las miradas suyas. ¡Ignorante y todo, como ella era, no desconocía el efecto de la luz de sus ojos!

Pero ¡aquel joven en que pensaba era su primo? Aurora creía que sí. Como en tales estados de ánimo, de pensar á ver con los ojos de la imaginación, no hay más que un paso, Aurora le veía. Le veía, con el color y el relieve que en la naturaleza tienen todas las cosas, allá en esa cámara oscura de la fantasía en la que reproducimos tantas veces, y por tan distinto modo, los objetos.

Le veía, sí: tenía barba negra y lustrosa; ojos negros, muy grandes, muy expresivos y muy cobardes delante de los ojos de Aurora; su frente pensadora daba respeto mirarla; su continente y donaire eran graciosos; la franqueza, el valor y la honradez estaban declarándose en aquel semblante, lleno de signos apasionados y vehementes.

Lo que Aurora no podía tolerar ¡eso no! era que al poco tiempo de presentarse ante ella, quisiera permitirse ciertas familiaridades, disculpables por el desbordamiento del cariño, pero, aunque inocentes, irrespetuosas.

¿Quién le autorizaba á él para estrechar su mano? Y no fué lo peor esto: lo peor fué que, cuando menos lo esperaba Aurora, se abalanzó á ella y, sin más ni más, la besó... en la boca.

Al llegar aquí Aurora no pudo reprimir un grito inexplicable, digno de su pudor que llamaba á voces á todas las garantías de su recato.

¿Qué fué ello? Una pesadilla, juntamente con un capricho de una mariposa desvariada que (así como la abeja del madrigal famoso tomó los labios de una ninfa por una flor encendida), erró la cuenta y tomó por clavel el fresco y rojo color de su pequeña y linda boca.

Eso acaso no lo sabía la joven cuando irguiéndose de su mecedora, con los ojos medrosos y el continente altivo digno de una reina ultrajada, gritó:

—¡Padre! ¡padre!

V

—¡No te asustes, hija mía!—exclamó éste.—Somos nosotros. El señor es tu primo, el joven Laureano, de quien hemos hablado tantas veces.

—¡Tu servidor!—contestó éste friamente.

—¡Gracias!—respondió Aurora, un tanto avergonzada, reparando de paso en el aspecto grosero, modales bruscos y vulgar continente de su prometido.

Aquel no era, ciertamente, el primo que ella acababa de soñar!

J. MIRALLES Y GONZALEZ

EL REGIDOR

(Cuento sucedido)

POR DON CÁRLOS COELLO

A mi querido amigo y compañero D. Emilio Alvarez.

I

—Desengáñese V.,—me decía noches pasadas, dando vueltas conmigo por el andén de la estación de Atocha, mi antiguo camarada Mariano Belart, actual juez de Solsona, quien, evacuado el asunto que le trajo á Madrid, se disponía á regresar al punto de su residencia;—desengáñese V., amigo mío, los escritores se calientan Vds. la cabeza durante meses enteros, haciendo una novela ó un drama para uso del público sin reparar en que el público hace veinte mil todos los días para uso de Vds. ¿Por qué no dejan Vds. sus propias invenciones, generalmente tan falsas como costosas, y se limitan á mirar con atención los sucesos ajenos, copiarlos y servirlos á sus autores, en la plena seguridad de que mientras más exacta sea la copia menos conocerán ellos la estafa y la superchería de que son víctimas? En mi juzgado, entre mis compañeros del casino, entre aquella pobre gente trabajadora, hay tanto tipo digno de ser trasladado por la pluma... Hace años ocurrió allí una escena saladísima... Verá V... Hay en Solsona un sujeto verdaderamente original: se llama D. Gervasio Cortadellas y Fogarolas...

En este momento se oye la campana y las voces de los empleados:

«¡Viajeros al tren!»

Belart corre al vagón donde había marcado su asiento con el saco de noche, entra y sacando la cabeza por la ventanilla, me dice:

—¡Oiga V... oiga V!... Tenemos aún tiempo de sobra... El tren tardará un rato en salir... Es cuestión de cinco minutos... Don Gervasio es una de las personas mejor acomodadas del pueblo...

Y al llegar aquí, suena el pito y el tren echa á andar. —Acérquese V.—continúa Belart,—el tren va despacio, puede V. seguirle... Voy á explicar el hecho en cuatro palabras... Don Gervasio tenía un criado que se llamaba Gasparet, y este Gasparet...

Aumentó la velocidad de la marcha del tren; yo me quedé riendo y el juez se alejó gritando:

—Ya se lo escribiré á V. cuando llegue á mi casa, con sus pelos y sus señales, para que haga V. un cuento de un sucedido.

Y el tren continuaba andando, andando, silbando estridentemente y esparciendo por el aire su rizada cabellera de humo. Iba muy lejos y Belart agitaba el pañuelo todavía. Al fin el imponente monstruo cambió con la distancia de forma y de tamaño y desapareció culebreando entre las sinuosidades del terreno, como una negra y ani-

llada serpiente que se desliza en su misteriosa madriguera, según la pintoresca frase de Campoamor.

II

Confieso mi pecado: no estimé en un ardite el ofrecimiento de mi amigo, bastante perezoso para escribir, y llegué hasta á olvidarlo por completo. Así es que la otra mañana me sorprendió agradablemente una extensa epístola suya refiriéndome las prometidas aventuras de don Gervasio y autorizándome para que aderece un cuento á mis lectores con los curiosos datos que me envía. Conque, ya lo sabeis: si el cuento es de vuestro agrado yo renuncio desde ahora á una gloria que no me pertenece; pero si se os hace largo, ó insulso, ó tonto, no me lo echéis en cara; el picaron del juez de Solsona tiene la culpa...

Y va de cuento.

III

A unas quince leguas de Lérida y á diez y seis de la capital del Principado, en una llanura formada por una peña que no sale de la superficie del terreno, á la orilla de una ribera llamada *Riu Negre* por los naturales, se alza la antigua *Setéls*, mencionada por Ptolomeo entre los pueblos *lacetanos*, tan famosos en la historia hispano-romana, y en los siglos medios conocida por *Setelona*, nombre del cual se formó después el de Solsona que lleva al presente. Fué Solsona en la antigüedad gran población y gran fortaleza; en la guerra de Sucesión padeció enormes quebrantos; jugó un importantísimo papel en la de la Independencia, y la Civil acabó de inmortalizar su nombre...

Pero basta de erudición histórica, que el lector curioso podrá proporcionarse á tan poca costa como yo buscando ese pueblo en el diccionario geográfico de don Pascual Madoz, y vamos á lo que verdaderamente nos interesa.

En Solsona, que hoy se parece á Setéls ni más ni menos que un huevo á una castaña, y en la mejor casa de la plaza de San Juan, habitaba el señor D. Gervasio Cortadellas y Fogarolas, en compañía de su criado Gasparet.

Don Gervasio ha quedado á la muerte de su padre en posesión de todos los bienes del difunto; multitud de viñas y olivares, grandes bosques de pinos, encinas y robles, molinos harineros y de aceite, y hasta cuatro telares de algodón y lana basta. Rico como el primero del pueblo, joven, sano y robusto como ninguno, tonto hasta el extremo de que, según afirma el alguacil, está ya en turno para reventar de bruto, ¿qué hombre debía haber en Solsona más feliz que nuestro D. Gervasio?

Ninguno, ciertamente; y él mismo, con su franqueza habitual y aquel ingenioso inimitable modo de dar forma á sus ideas, confiesa á menudo que él sería el hombre más dichoso de la tierra si no fuera porque es el más desgraciado.

Y, seamos justos, no le falta á D. Gervasio motivo para quejarse de su estrella. Si se reúne á jugar con ocho ó diez, él es siempre el que pierde; si monta á caballo, ya se sabe, casi ántes de haberse acomodado en la silla, ya se ha apeado por las orejas; si hace el amor á una mujer y se porta bien con ella y se gasta un dineral en obsequiarla, ella comienza por tenerle en continuo sobresalto con su conducta y concluye por engañarle con el primero que pretende sus favores. ¿Tiene un amigo y, en un momento de expansión, se toma la libertad de hacerle algunas confianzas? Pues al día siguiente ya se dice por todo el pueblo que D. Gervasio es un perdido, que siempre está á medios pelos, que ha tenido que malbaratar el mejor de sus molinos para pagar una deuda de juego, que la mujer del relojero suizo y él se entienden admirablemente á pesar de no saber él hablar una palabra de francés ni ella una sílaba de castellano... Y lo gracioso es que casi todo ello es calumnia, cuya mayor parte apenas tiene ni asomo de fundamento, pero que le origina malísimos ratos. ¿Hace un favor D. Gervasio? Pues puede abrigar la convicción profunda de que el favorecido ha de proporcionarle una desazon. ¿Sale á visitar alguna de sus posesiones, poco acompañado ó sin armas? Pues rara es la vez que no le roban ó le dan un susto de padre y muy señor mío.

Esta desgracia constante, nunca desmentida, había agriado por completo el humor de D. Gervasio, quien á fuerza de disgustos y cavilaciones cada día estaba menos gordo y menos colorado, á pesar de que cada día comía siempre doble que el anterior.

Procuraba el infeliz averiguar la causa de sus desdichas, y cuando pensaba en esto siempre concluía por achacarlas todas á algún enemigo que le habían proporcionado su juventud, su riqueza, su buena figura y su talento deshecho. ¿Y quién era ese enemigo? Muchos podían ser, pero D. Gervasio se fijaba en un viejo regidor, hombre de mala índole á quien había ganado un pleito y que había jurado desde entonces no dejarle sosegar en toda su vida.

—Indudablemente era el regidor. El tallaba generalmente en el Casino y cuando hacía una apuesta su afortunado litigante hacía trampas para que perdiera y dejase en sus manos, al fin y á la postre, las onzas de que le había desposeído; su sonrisita burlona cuando le veía retirarse á su casa con los bolsillos vacíos, no dejaba lugar á duda.

No se daba D. Gervasio una explicación menos satisfactoria de sus frecuentes caídas del caballo. El regidor, en connivencia con su cuñado el boticario, había echado en el pienso al pobre animal algunos maléficis polvos que le tenían alborotada la sangre; porque sino, ¿cómo se explica que apenas su amo se subía en él, ya estaba el jaco

dando relinchos y tirando coces y sin parar hasta librarse del peso del jinete? Esta suposición se apoyaba, además, en una circunstancia muy rara para coincidencia. El regidor daba siempre sus paseos á pié por el mismo paraje en que D. Gervasio solía dar sus intenciones á caballo, como para gozarse en los revolcones del malaventurado jinete, que siempre acogía con estrepitosas carcajadas el maldito viejo. El cual también tenía la culpa del mal desenlace constante de sus amoríos, azuzando y dando dinero y prometiendo dejarle á su muerte por heredero de su fortuna á cierto sobrino suyo, estudiante que era quien por lo común soplabla la dama al buen D. Gervasio. El regidor era también el que recogía y apoyaba y propalaba cuanto malo se decía de él en Solsona, y quien daba alas á todo el que quería hacerle daño, aprovechando la influencia que le proporcionaba su posición para que quedase impune cualquier atentado sobre la persona ó los bienes de aquel verdadero rigor de las desdichas.

Fuerza es confesar que los motivos en que nuestro héroe fundaba sus sospechas eran verosímiles y que en esta ocasión desmentía la fama de zopenco que unánimemente le habían otorgado sus conciudadanos.

Pero si su cacumen era capaz de concebir y dar á luz semejante idea, relajado por tan inmenso esfuerzo, no había podido encontrar una prueba clara y evidente, tangible, que, confirmando completamente sus sospechas, le pusiera en el caso de vengarse de su enemigo, ó bien por sí mismo ó bien con ayuda de la justicia.

El hallazgo de esta prueba era el sueño eterno de D. Gervasio, quien hasta tenerle en sus manos, no podía decir en razón y ley de Dios: «Ya sé quién es mi enemigo. Ahora va á pagármelas todas juntas el grandísimo tunante.»

IV

Gasparet, el criado del protagonista de nuestro cuento, era un mozo de veintinueve años, de color entre aceitunado y cobrizo, y tan flaco, tan flaco, que había en Solsona quien aseguraba que el filo de un cuchillo podría servirle de espejo para afeitarse. Rara vez alzaba los ojos del suelo mientras se le hablaba, y dirigíransele elogios ó reprensiones, siempre aparecían sus labios entreabiertos por una sonrisa afable, inocente, angelical.

A pesar de su aire mogigato y sencillito, Gasparet era un muchacho de ánimo resuelto, de imaginación sutil y espontánea, algo práctico en las cosas del mundo y que comprendía á las mil maravillas la manera mejor de tratar á cada persona para sacar de ella todo el partido posible.

Adulaba las pasiones de su amo, admiraba como un rasgo de talento cada barbaridad que salía de sus labios, lo cual equivale á afirmar que el astuto fámulo andaba hecho una constante admiración; se ponía de su parte en cuanto pensaba ó hacía, le adivinaba los pensamientos y le quería tanto que muchas veces, cuando le ocurría una desgracia, se pasaba en la cama los días enteros llorando á lágrima viva y sin poder levantarse de puro afectado y melancólico.

Don Gervasio estaba encantado con su Gasparet; le daba propinas, á veces hasta de dos reales, amén de pagarle puntualmente su salario de tres duros al mes y de vestirle de piés á cabeza con la ropa que ya ni él ni nadie podía llevar, repitiendo de continuo que aquel era el único hombre que le quería en el mundo, el único que hacía justicia á sus relevantes cualidades.

Cuando á D. Gervasio le acontecía algún mal suceso, es decir, un día sí y otro también, amo y criado se encerraban en secreto con llave en la última habitación de la casa, para ver de averiguar en presencia de los datos que cada cual había reunido, si el culpable del suceso era el regidor ú otro enemigo de D. Gervasio que se ocultaba en las sombras del misterio, temeroso de la terrible venganza que aquel pudiera tomar de sus fechorías.

Gasparet oía pacientemente los discursos de su señor y cuando este le pedía su parecer en el asunto, buscaba un modo hábil de pasarse sin darlo, no queriendo sin duda el muy marrullero comprometer sus costillas en las barbaridades que su amo sería capaz de llevar á cabo, y hasta procurando desorientarle y repartir entre dos ó tres individuos sus sospechas, para alejar de sí la menor sombra de peligro. Y D. Gervasio salía siempre de tales conferencias mesándose los cabellos, bufando como un toro y gritando:

—Pero ¡Dios mío! ¿no he de descubrir nunca quién es ese hombre cuya única ocupación consiste en matarme á disgustos?

Y el buen Gasparet replicaba siempre:

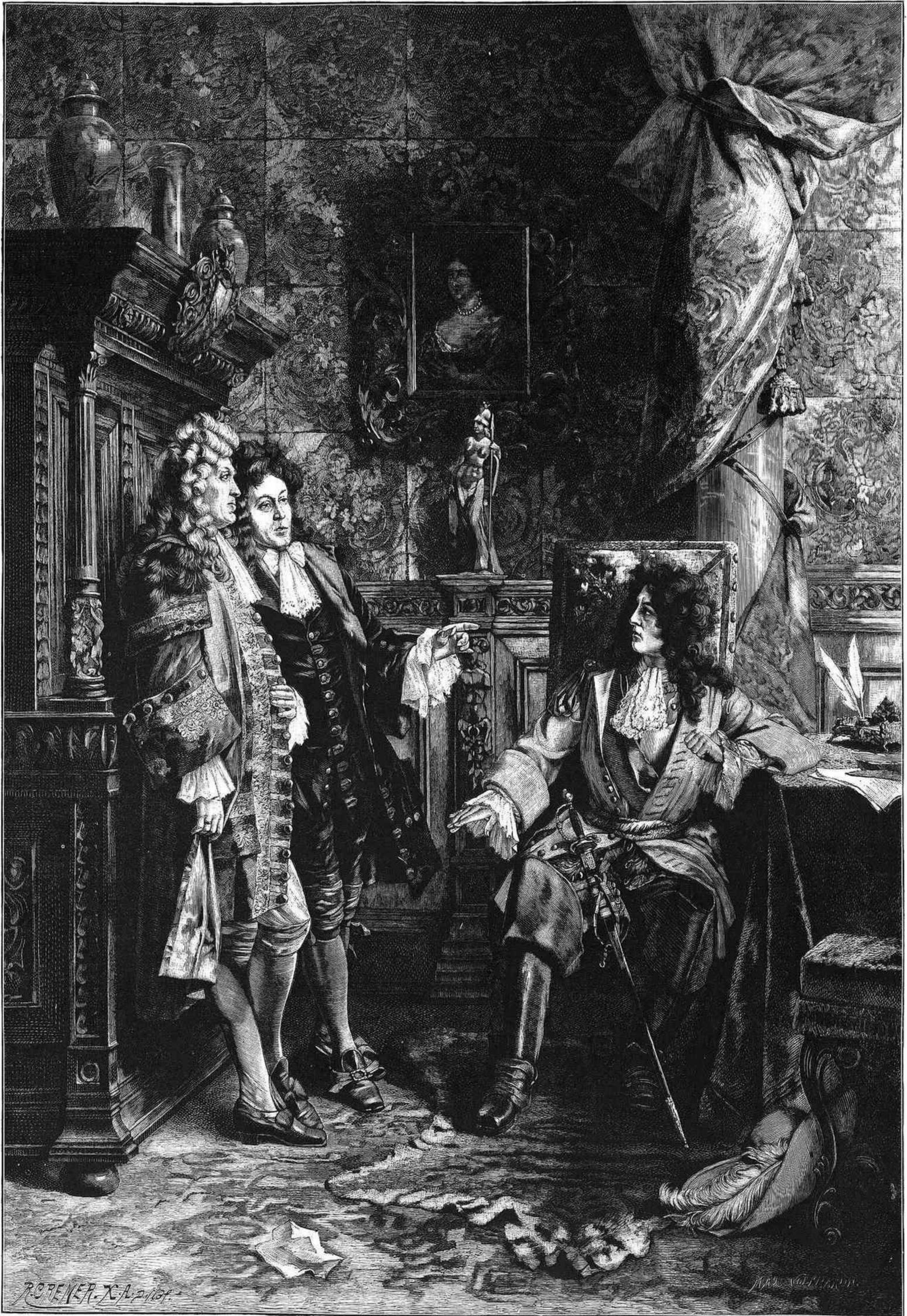
—Pues, señor, si V. que es tan discreto y sabe tanto no lo descubre, ¿quién será capaz de descubrirlo en el mundo?

—Dices bien, Gasparet, dices bien,—añadía entonces don Gervasio, calmándose poco á poco, bajando la cabeza y quedando sumido en el confuso mar de sus pensamientos.

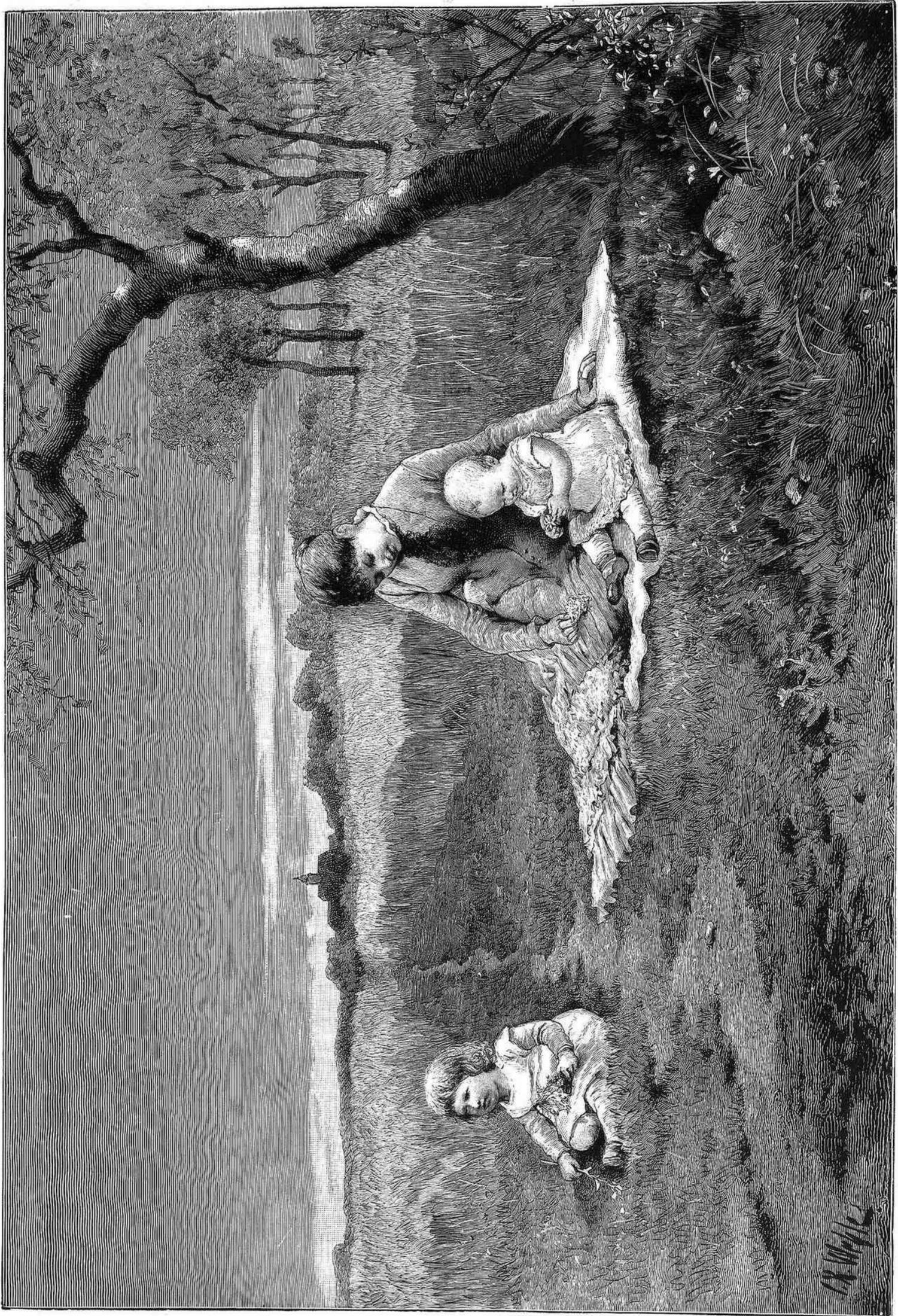
V

Toda persona, cualesquiera que sean su posición y sus cualidades, tiene sus aspiraciones, y Gasparet, á quien sus padres habían querido dedicar á la carrera eclesiástica y que ahorcó los libros y perdió la vocación el mismo día que su prima Eulalia vino á establecerse en Solsona, no tenía otro pensamiento que casarse con su Dulcinea, la catalana más guapa, más airosa y más lista del mundo... en opinión de Gasparet.

Pero este matrimonio, de llevarse á término con algunas condiciones favorables á la dicha material de ambos



EN EL GABINETE DE SU EXCELENCIA, cuadro por Max Volkhardt



EL CAMPO, dibujo por J. R. Wenle

cónyuges, exigía la desaparición de algunos obstáculos, puramente de detalle, eso sí.

Los novios se querían hasta la pared de enfrente, aun cuando estuvieran ponderándose su cariño en el mismo Montserrat; sus caracteres convenían y se encajaban de tal modo que parecían forjados de intento el uno para el otro; sus padres miraban con gusto sus relaciones; ¿qué faltaba, pues, á la sensible Eulalia y al amelonado Gasparet? Poca cosa, nada, casi nada, dinero, ese vil metal, ese comprador de conciencias, ese propagador de vicios, ese constante origen de desventuras, á quien los novios, que le odiaban con todos sus diez sentidos, á cinco por barba, hubieran dado, yo no sé lo que hubieran dado por cogerle y meterle bajo llave para que en la tierra se hubieran restablecido la paz y el sosiego perdidos por él tanto tiempo há.

Eulalia no podía llevar un cuarto en dote; sus padres eran más pobres que las ratas; y no era esto lo que sentía Gasparet, que á las veces tenía sus rasgos caballerescos, sino no poder remediar el daño por su parte, con lo cual estoy por creer que hasta se hubiera regocijado de la pobreza de su ídolo.

Tenía sus esperanzas, claro está; si no las tuviera ¿cómo habrían de pasar una hora tranquila aquellos dos desventurados amantes? Esperaba Gasparet que su amo, agradecido de sus buenos servicios, le regalase el dinero suficiente para poner una tienda de comestibles, bello ideal del marido en embrion, que se hacia la justicia de considerarse bastante apto para llegar á la riqueza por el camino del comercio.

A este fin se encaminaban todos sus conatos; los primeros reconocimientos de la voluntad de D. Gervasio no habían tenido éxito desfavorable en verdad, y el tema favorito de la conversacion de Eulalia y Gasparet era el hallazgo ó la preparacion de una ocasion á propósito para el logro de sus proyectos.

Estos eran los sueños: las realidades consistían en cuatro mil doscientos cuarenta y tres reales y diez y seis cuartos que Gasparet tenía encerrados en una alcancía á fuerza de privaciones y milagros económicos de todo género, supresion radical de cigarro y vino, perniciosos hábitos que ensucian los dientes y el estómago y limpian la bolsa, sisa prudente en todos los gastos de la casa y aprovechamiento de cualquier intervalo entre las desdichas de don Gervasio para sacarle, *aún más* de las forzosas, alguna que otra contribucion involuntaria. Gasparet era hombre delicado, y cuando podía hacer su negocio por buenos medios no se obstinaba en circunscribirse á los malos. Era un caballero.

VI

En tal situacion los personajes de esta interesante y verídica relacion, decidió el Gobierno de la entonces República española echar una quinta extraordinaria, y Gasparet recibió la satisfactoria noticia de que iba á entrar en ella. Tenía el pobre mozo reunidos, como ya hemos dicho, algunos dineros, fruto de sus economías y habilidades; pero le hacia falta aún otro tanto para comprar sustituto si sacaba un número bajo en el sorteo.

Eulalia, apénas supo el riesgo que corrian sus esperanzas de próxima boda, concibió un pensamiento atrevido, por no decir temerario: el de que D. Gervasio, que tanto parecía querer á su novio, les regalase ó prestase la cantidad necesaria para esquivar la suerte de soldado ó les diese al ménos mil reales para entrar en una Sociedad de las que se formaban entonces y en las cuales, pagando una cuota cada uno de los que podían ser *agraciados* en el sorteo, todos tenían la seguridad de salir libres por un sacrificio relativamente soportable.

A D. Gervasio, que era muy sensible y que nunca le había parecido la muchacha costal de paja, le produjo Eulalia más efecto. Ya alguna vez, ántes de entonces, le había echado algun piropo y hasta pasado la mano por la cara, detalles pequeños todos en que ella había visto más proteccion y cariño que otra cosa, absteniéndose por tanto de contárselas á Gasparet; pero aquel día D. Gervasio se propuso en términos que la muchacha tuvo que defenderse como otra Lucrecia si bien con mejor éxito final.

El rostro del moderno Tarquino quedó despues de la batalla tan lleno de cardenales y arañazos, tan hinchado, ensangrentado y amoratado que so pena de que toda Solsona se enterase de su mal suceso no tuvo más recurso que marcharse de caza unos cuantos dias para dar lugar á la curacion de las mataduras y no dar que reír al pícaro del regidor de quien, desde aquel punto y hora, empezó á sospechar D. Gervasio si sería el autor de la mala idea que llevó á su casa á aquella buena moza que le hizo caer en tentacion y Dios sabe cuántos disgustos podría traerle en lo sucesivo si Eulalia tenía la lengua tan larga y ágil como las manos y Gasparet era hombre celoso y poco sufrido.

(Continuará)

SOLITA

(Conclusion)

—Que mi abuelito nos acompañe á Italia, porque yo sé que para que su corazón esté alegre necesita verme á su lado.

—Pues bien, vendrá con nosotros.

—No, hijos míos, no, tengo setenta y seis años; mi vida se acaba; dejadme que espere en esta casa hospitalaria la

muerte y prometeme escribirme todos los meses dándome cuenta de los triunfos, de los adelantos de mi querida Solita, porque yo sé que serán rápidos y frecuentes.

Don Antonio sentía con toda el alma separarse de su nieta, pero el egoísmo de abuelo no le cegaba hasta el punto para convertirse en estorbo de la carrera artística de Soledad.

Les vió partir con los ojos llenos de lágrimas y el corazón repleto de penas, y al darle á su nieta el abrazo y el beso de despedida se dijo, hablando consigo mismo:

—Este es el último, yo no volveré á verla más.

El pobre músico se engañaba; Dios había dispuesto otra cosa.

Cada quince dias el anciano profesor de violin recibía una carta de Aurelio con una larga posdata de Soledad.

Le iban dando cuenta de todo con tal cariño que el pobre anciano se pasaba leyendo las cartas de sus hijos y hablando de ellos con Jacoba.

Un día recibió una carta y dentro de ella un talon del ferrocarril, fechado en Milan, para recoger un cajon que desde Italia le mandaba Soledad.

Inmensa, indescriptible fué la alegría del viejo al abrir el cajon y encontrarlo lleno de coronas y de flores y sobre ellas una gran tarjeta, que decía: «Para que mi querido abuelito adorne su habitacion con parte de las coronas y de las flores que el público milanés le ha arrojado á su nieta Soledad.»

La cantante española, desde el teatro de la Scala, se contrató para Florencia, luego fué á Roma, á Londres, á Berlin y á Paris.

Don Antonio recibía con frecuencia cajas llenas de coronas y con ellas iba cubriendo las paredes de su habitacion.

Sentado en una butaca, con las cartas de Soledad y Aurelio en la mano, pasaba muchas horas hablando con aquellas coronas que él no hubiera cambiado por nada del mundo.

Así trascurrieron tres años; D. Antonio había cumplido setenta y nueve, pero continuaba siendo un viejecillo sano y sin achaques, que se permitía dar largos paseos por el Retiro, en los dias serenos y apacibles.

Así las cosas recibió una carta de Paris, en que Aurelio le anunciaba que iban á regresar á Madrid, pues Soledad se había contratado para la temporada de invierno en el teatro Real.

Al leer la carta D. Antonio llamó á Jacoba para darle cuenta de tan agradable noticia y su alegría fué tan grande que sólo pudo decir:

—Ahora, ahora es cuando me alegro de que se hayan marchado, porque el dolor, la profunda pena que me causaron al separarse de mí están recompensados con la alegría que me causa su vuelta.

CAPITULO ÚLTIMO

Fin trágico

Solita Valflorida tuvo en el teatro Real de Madrid el mismo éxito que había tenido en todas partes: su pobre abuelo y Aurelio gozaron lo que no es decible, la noche de su *debut*.

Pero ¿á qué prolongar esta historia dia por dia? es preciso ponerle fin como á todas las cosas de este pícaro mundo; y diremos en pocas palabras que el viejo músico don Antonio Escudero murió á los ochenta y dos años de edad, rodeado de sus hijos y recibiendo sus besos y sus caricias.

La muerte del honrado profesor de violin fué dulce como un sueño, porque no tenía otra enfermedad que vejez; era una máquina gastada, una luz que se apagaba, un reloj humano á quien se le había acabado la cuerda.

Murió, pues, hablando con sus hijos, sin sufrir las ansias de la agonía, y sus últimas palabras fueron las siguientes:

—Se abre el techo de mi alcoba... Baja del cielo un ángel... ¡Ah! así, viene por mi alma...

Cerró los ojos, se sonrió y dejó de existir.

—Esa es la muerte del justo—dijo Aurelio, derramando dos lágrimas.

Soledad cayó de rodillas á los piés de la cama, y lloró tambien.

Luego besó á su abuelito en los ojos, diciendo:

—Ha concluido como un hombre á quien no le remuerde la conciencia: Dios le reciba en su seno.

Los triunfos teatrales de Soledad continuaron; su fama se extendió por todo el mundo civilizado.

Algunas veces su padre adoptivo solía preguntarla:

—¿Pero tú no piensas casarte nunca? pues veo que rechazas los brillantes partidos que te se presentan.

—Padre mio;—contestaba Soledad, sonriéndose como un ángel,—hace tiempo que me casé con el arte y no quiero otro esposo, porque yo sólo amo á la música y á usted.

Y ahora, lector querido, nos permitirás que demos fin á la presente narracion con un cuadro dramático que puede servir de ejemplo moral á aquel que lo tenga por conveniente.

Era una tarde del mes de mayo; en la populosa ciudad de Barcelona se había anunciado, con gran regocijo de los amantes de las emociones fuertes, que en la plaza de toros había por la tarde una funcion de mojiganga con carteras romanas, fuegos de pólvora y la ascension de un globo montgolfier en el cual se elevarían el célebre gimnasta y aeronauta Kenebel y su esposa.

El globo no llevaba cesta y Kenebel había ofrecido

subir cogido al trapecio, llevando á su mujer sujeta con un cinturon y cogido este con los dientes.

El espectáculo no dejaba de ser una barbaridad, pero á nadie le gustan más las barbaridades que á los hombres y á las mujeres, y tanto es así que las cometen siempre que pueden olvidándose que tarde ó temprano se pagan.

Llegó la hora del espectáculo; la plaza estaba llena de gente; en la playa de la Barceloneta y en la muralla de mar se apiñaba la muchedumbre ansiosa de ver de balde el espectáculo.

Se había dispuesto que media docena de lanchas, con cuatro remeros cada una, estuvieran á punto, por si el aire soplabá de tierra empujando el globo hácia el mar.

Pero entremos nosotros en el cuarto que en la plaza de toros servía de tocador á los esposos Kenebel.

El marido estaba vestido de Mefistófeles y la mujer de Ninfa, con las robustas y bien formadas piernas al aire, los hombros al descubierto como asimismo sus redondos y hermosos brazos.

Aquella mujer llevaba cubierto lo ménos posible su cuerpo.

El gimnasta era un moceton fornido, con una cabeza enorme, facciones brutales y un tanto adormecidas por el abuso del alcohol.

Sus maneras eran las de un hombre ordinario; su voz, bronca y cascada, hacia daño á los tímpanos.

Se comprendía, viendo las enormes manos y los fornidos brazos de aquel hombre, que un puñetazo suyo era un pasaporte para la eternidad.

Madame Kenebel tendría unos cuarenta años de edad, pero se conservaba aún muy hermosa, y sus formas, aunque un poco abultadas, eran verdaderamente esculturales.

En el cuarto de vestir de los gimnastas, formado con unas cortinas de percal, no había otros muebles que un tocador desvencijado, un espejo roto y dos sillas.

En una de estas sillas se hallaba madame Kenebel sentada y llorando.

Su esposo, el aeronauta, estaba de pié, mirándola con ojos sombríos.

Sobre la mesa del tocador se veía una botella de aguardiente.

De vez en cuando el gimnasta bebía un trago en la misma botella, sin servirse del vaso que estaba al lado.

—Tengo mucho miedo,—dijo madame Kenebel, despues de una pausa.

—Bah;—contestó su esposo, produciendo un chasquido con la lengua y el paladar.

—Estás borracho,—repuso la mujer temblando,—y me vas á soltar; permíteme al ménos que me ate una cuerda á la cintura y me enganche al trapecio.

—Eso sería faltar al programa; además, tú sabes por experiencia que nunca trabajo mejor que cuando tengo una botella de aguardiente en el estómago.

—Pues á pesar de eso no subo esta tarde; ya lo he dicho, tengo miedo.

Kenebel dejó caer una de sus anchas y callosas manos sobre las desnudas espaldas de su hembra, y le dijo:

—Tú sabes que me bastaría un puñetazo para aplastarte los sesos; pues bien, si cuando me llamen para subir en el globo te niegas á seguirme, te ofrezco suministrarte un puñetazo para poder decir al respetable público que si no subes es porque has muerto.

Y soltando una ruidosa carcajada, añadió:

—A no ser que el público me permita subir tu cadáver colgado de los dientes, que para el golpe de vista es igual, pues el mismo efecto hace subir á un vivo que á un muerto.

Madame Kenebel se puso á temblar; conocía á su marido, le daba miedo.

—Subiré,—dijo estremeciéndose.—Dame la botella del aguardiente.

—Así me gusta: toma, bebe un buen trago, y confía en mis puños y en mis dientes, porque en este oficio todo lo que uno vive se lo encuentra.

Un hombre entró bruscamente en el cuarto de los aeronautas á darles la noticia de que el globo estaba dispuesto.

Kenebel bebió un gran trago de aguardiente é hizo que su mujer bebiera tambien. Luego salieron á la plaza cogidos de la mano.

El público les aplaudió al verles.

Kenebel lo dispuso todo con la serenidad propia del hombre avezado á aquellos peligros. Su esposa le ayudaba sonriéndose, pero de vez en cuando su cuerpo se estremecía.

Cuando todo estuvo dispuesto, el aeronauta se agarró con la mano izquierda al trapecio, cogió con los dientes la argolla de goma que sujetaba el cinturon de su esposa é hizo con la mano derecha la señal para que soltaran el montgolfier los hombres que le tenían sujeto al hornillo.

El globo se elevó con vertiginosa rapidez.

El aeronauta hizo alarde de sus colosales fuerzas; el público daba gritos de entusiasmo, aplaudía con frenesí.

La infeliz víctima cerró los ojos por no ver el inmenso abismo que se extendía debajo de ella.

El viento soplabá de tierra con alguna fuerza, y pronto el globo se dirigió con rapidez hácia el mar.

Las lanchas bogaron en la misma direccion, pero el viento empujaba con bastante fuerza al globo y pronto los marineros comprendieron que les sería difícil llegar á tiempo para recoger á los aeronautas.

El descenso de un montgolfier es rápido y peligroso; se cae al azar sin que el aeronauta pueda darle otra dirección que la que le marca la casualidad. El viento empuja al globo que sigue elevándose mientras el humo, de que va henchido conserva calor; cuando se enfría desciende y siempre con gran velocidad.

Kenebel, así que observó que el globo descendía, cogió á su mujer por el cinturón y quedándose los dos suspendidos del trapecio, le dijo:

—Antes de cinco minutos estaremos en el mar; las lanchas no estarán á tiempo para recogerlos. El aire nos ha llevado muy lejos.

La esposa del gimnasta miraba con espanto las encrespadas olas y á lo lejos las playas de Barcelona y la muchedumbre que les contemplaba.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —dijo aquella infeliz.—Kenebel, no me abandones; yo no sé nadar.

—Haré todo lo posible por salvarte—repuso el gimnasta.

—Cuando llegemos allá abajo, cuando toques con los pies las aguas procura agarrarte con fuerza al trapecio. El globo es posible que flote algunos minutos sobre las olas; no te sueltes, tal vez lleguen á tiempo para prestarnos auxilio.

—Pero ¿piensas abandonarme?—preguntó aterrada.

—Si hubiera querido abandonarte, cuando estábamos por allá arriba, con sólo abrir la boca y dejarte caer, lo hubiera conseguido,—contestó Kenebel, con calma.

Mientras tanto el globo descendía con rapidez.

—Agárrate al trapecio, agárrate—gritó Kenebel.

La mujer obedeció precipitadamente y al mismo tiempo sintió el frío del agua en las piernas.

En este momento Kenebel dió un salto desde el trapecio y fué á caer al mar, algunas brazas distantes del sitio donde se hallaba su mujer.

Esta rápida evolucion le evitó el caer debajo del globo que se inclinó de parte del viento, arrollando con su mole á la infeliz esposa del aeronauta.

Entonces se oyó un grito desgarrador y una voz que dijo:

—Aquí, aquí, socorro... Kenebel... me ahogo.

El gimnasta nadaba admirablemente, dirigió una mirada en derredor, buscó á su mujer y no la vió; allí sólo estaba el globo sacudido por las olas, aquel globo que le habia costado algunos miles de francos y con el que se ganaba la vida; lanzó una maldición olvidando en aquel momento á la infeliz que se ahogaba.

Mientras tanto las lanchas hacian heroicos esfuerzos para llegar á tiempo, y Kenebel, reconociendo con una mirada el sitio de la catástrofe y no viendo á su esposa, sintió desarrollarse en él el egoísmo natural del hombre á quien amenaza un peligro de muerte, y comenzó á nadar con vigor en dirección á las lanchas.

Durante media hora el gimnasta demostró que era un gran nadador; de vez en cuando se erguia sobre las olas, como si se sentara sobre ellas, lanzando un grito de ¡socorro! y agitando un brazo en el aire para que le vieran.

Los de las lanchas no le habian perdido de vista y continuaron remando en dirección del aeronauta y á los pedazos del globo que flotaban sobre la superficie del mar.

Por fin llegaron, y Kenebel, agarrándose á la mura de la lancha, subió con rapidez.

Estaba en salvo; lo primero que hizo fué sonreirse, después respirar con fuerza y por último decir:

—Gracias, señores, pero esta ascension me ha dejado viudo y arruinado.

Al día siguiente las olas arrojaron sobre la playa de la Barceloneta el cadáver de la infeliz madama Kenebel, con las manos agarradas al trapecio del que colgaban algunos pedazos de cuerda.

Cuando el juez fué á preguntarle al gimnasta el nombre y la naturaleza de su esposa, para consignar su defuncion en el Registro Civil, Kenebel le contestó:

—Señor juez; esa desgraciada no era mi esposa, se



UN DIA DE GALA EN HAMPTON COURT

unió conmigo en Moscou y desde entonces le di mi nombre; ejecutaba conmigo algunos ejercicios en los circos ecuestres.

—Pero ¿entonces que nombre es el de esa desgraciada?

—Segun me dijo—añadió Kenebel—se llamaba Nieves Escudero y era natural de Madrid.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

LOS TERREMOTOS

En la Gaceta del 30 de marzo próximo pasado ha visto la luz pública un extenso é importantísimo informe redactado por la Comision encargada de estudiar los terremotos de Andalucía. Este documento, que demuestra la ciencia profunda y el infatigable celo de sus autores y que sólo es el resumen de un trabajo más completo, que se proponen formular cuando hayan terminado sus estudios sobre tan difícil é interesante materia, comprende varios capítulos, sobre las teorías seísmicas; la orografía de las provincias de Granada y Málaga; la hidrografía de las mismas; la geología de sus terrenos; la hora del terremoto; la superficie á que se extendió; la dirección y foco aparente del fenómeno; su profundidad ó foco verdadero; la velocidad de trasmision; su duración y otros accidentes como ruidos, olores, perturbaciones atmosféricas, etc.; los efectos dinámicos producidos; los daños causados; los defectos de fabricacion en los edificios de aquella comarca, y en suma todo cuanto se relaciona con el terrible y grandioso problema que nos ocupa.

Es imposible que en estas breves líneas demos cuenta circunstanciada á nuestros lectores de todos los puntos que comprende tan interesante y concienzuda memoria,

Así lo reconoce en el fondo la luminosa memoria que examinamos, al enumerar todas las teorías propuestas por sabios franceses, ingleses, italianos y alemanes desde la clásica doctrina del fuego central, hoy en gravísima crisis, hasta las modernas escuelas italianas que aspiran á renovar por completo el estudio de la dinámica endógena, es decir, el estudio de las fuerzas que se desarrollan en el interior del globo terrestre.

En rigor los trabajos, en este sentido realizados, son dignos de todo estímulo y obedecen al espíritu á la vez práctico y sintético de la ciencia moderna, que pugna por abarcar el mayor número de hechos dentro del menor número de leyes, por medio de las hipótesis más sencillas y naturales.

Así vemos manifestaciones tan opuestas como el brillo deslumbrador del relámpago y el fragor del rayo por una parte, y por otra la insignificante atraccion del ámbar frotado, sobre los cuerpecillos ligeros, es decir, lo más imponente y lo más despreciable, dos hechos que son como notas extremas en la extensísima serie de un orden de fenómenos, quedar comprendidos en una sola rúbrica y ser explicados por una sola teoría: la teoría de la electricidad.

Así vemos aún al naturalista biólogo, recorriendo toda la escala de la vida, bajar desde los seres enormes como el elefante y el baobab hasta los seres microscópicos, como vibriones, bacterios y microbios, falange inmensa, pero invisible, que linda con las nebulosas infinitamente pequeñas del protoplasma.

Así por último, para no acumular más ejemplos, y viniendo al objeto del presente artículo, vemos todavía á geólogos y físicos esforzándose por abarcar en una misma teoría las gigantescas convulsiones volcánicas, y los imperceptibles estremecimientos seísmicos, como manifestaciones idénticas por su origen, aunque distintas por su

cuyo exámen recomendamos á los que á causa de su profesion ó de sus aficiones se interesan por estas difíciles y casi nos atreveríamos á decir misteriosas cuestiones; y únicamente por satisfacer la natural curiosidad del público, emborronaremos unas cuantas cuartillas á propósito del primero de los capítulos ó párrafos hace un momento señalados y cuyo título, segun queda dicho, es el siguiente: teorías seísmicas.

Y ante todo expliquemos esta palabra seísmicas, que probablemente sonará á muchos de nuestros lectores á cosa extraña y singularísima.

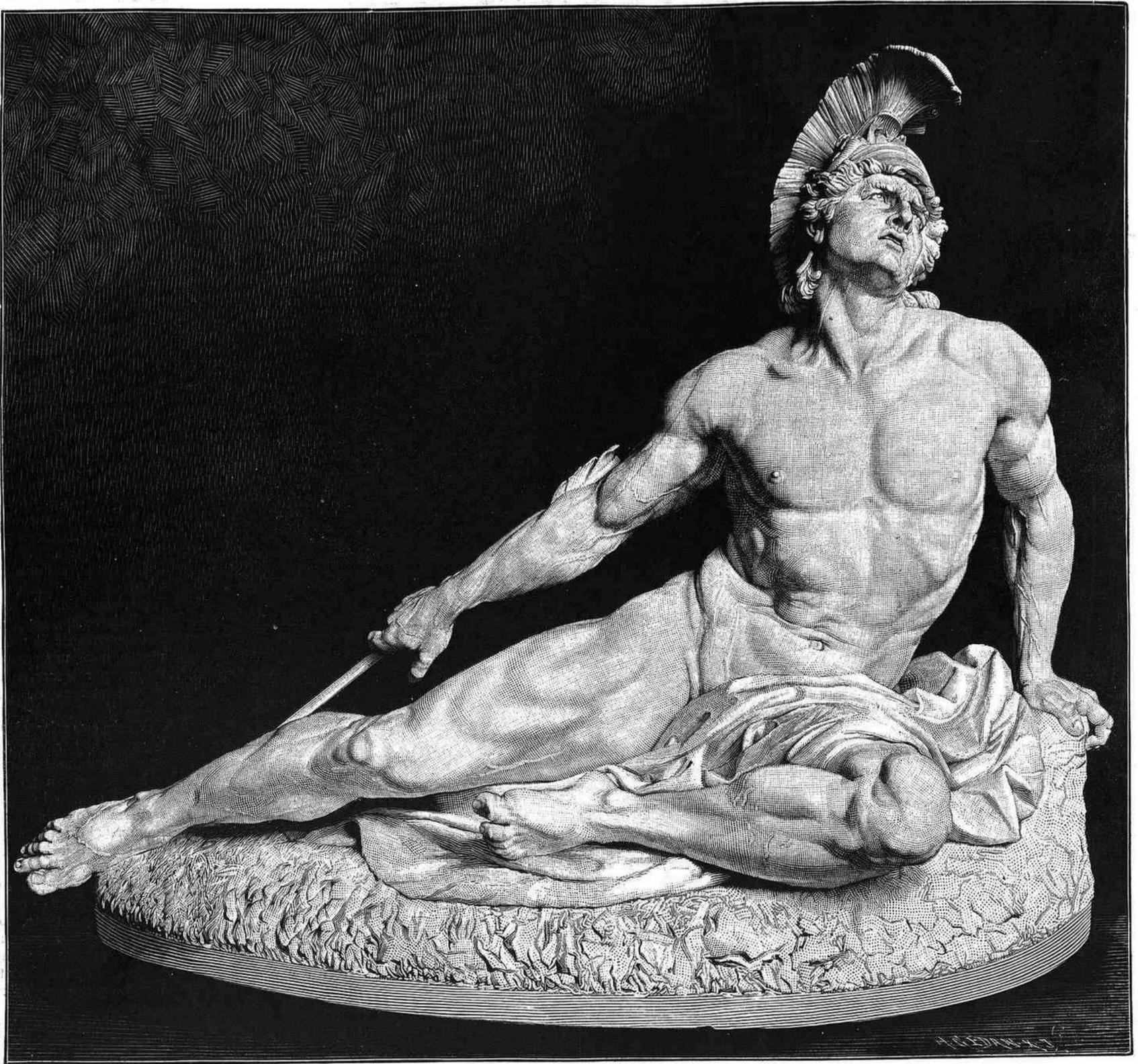
El adjetivo seísmico viene de la palabra griega seismos que significa sacudimiento y en esta misma forma conserva el radical griego el novísimo diccionario de la Academia Española en las palabras seismógrafo, seismología, seismómetro y otras análogas; si bien los franceses y los italianos fundiendo los sonidos e, í, en uno solo, dicen y escriben sismique y sismologia.

Conste, pues, que fenómeno sismico ó seísmico, quiere decir, sacudimiento; ó más particularmente, sacudimiento vibratorio de la masa terráquea, ó de una parte de la misma, por la accion de las fuerzas internas de nuestro globo.

Y echa esta aclaracion, continuemos, ó por mejor decir empecemos nuestra tarea.

Lo que es un terremoto, todo el mundo lo sabe: un sacudimiento más ó ménos pronunciado del suelo. Pero cuál sea la causa de la convulsion terráquea, es lo que saben muy pocos, si es que alguno lo sabe á ciencia cierta; y es, por lo tanto, lo que todo el mundo pregunta á geólogos, físicos y sabios de profesion, con insistente curiosidad y con verdadero interés.

Y decimos que no hay todavía una explicacion satisfactoria y definitiva de los temblores de tierra, porque siendo muchas las teorías propuestas, ninguna ha conseguido imponerse por completo á las demás, marcarlas con el denigrante sello de herejías científicas y conservar para sí el carácter de pura y ortodoxa.



AQUILES HERIDO, estatua en mármol por Ernesto Herter

magnitud, de unas mismas fuerzas: á saber, las que trabajan de continuo bajo la corteza sólida de nuestro globo.

Sin embargo, los autores de la memoria á que nos referimos, aunque indudablemente se inclinan á este nuevo modo de ver las cuestiones de dinámica interna de la masa terrestre, no prejuzgan tan delicados problemas, ántes bien con laudable prudencia y severísimo criterio, dividen los terremotos, á imitación de otros muchos geólogos, en tres grandes grupos.

1.º *Terremotos volcánicos*, que son aquellos temblores de tierra que acompañan siempre á las erupciones volcánicas.

2.º *Terremotos perimétricos*, ó sean los que íntimamente relacionados con dichas erupciones se dejan sentir en los países comarcanos; ó de otro modo, los que aparecen en el interior de un perímetro próximo al cráter por donde suelen brotar materias inflamadas, lavas, gases y vapor de agua.

Y 3.º *Terremotos telúricos*, ó aquellos que conmueven el suelo en regiones distantes de volcanes en actividad, con grandes intervalos de tiempo y comprendiendo dilatadas superficies.

La comisión prescinde de los dos primeros grupos y sólo se atiende al tercero, pues á él pertenecen los fenómenos sísmicos que se han presentado en las provincias de Granada y Málaga.

Aún pudiera agregarse á los tres grupos anteriores, que son los de las grandes convulsiones, otro cuarto grupo, ó

sea el de los sacudimientos mínimos, y con esto el cuadro sería completo y el problema quedaria planteado en toda su generalidad.

Porque en rigor el problema es este, y comprende los siguientes términos:

¿Cuál es la causa de los grandes sacudimientos del globo terráqueo?

¿Es una misma, que se presenta en distinta forma en los volcanes que en los terremotos telúricos; ó son causas diversas, las que coronan de llamas los cráteres y las que en regiones apartadas de aquellos por centenares y miles de kilómetros sacuden el suelo poderosamente, desquician las rocas y desnivelan los al parecer firmes cimientos de colinas y montañas?

Más aún ¿estas fuerzas que producen los sacudimientos volcánicos y telúricos en gran escala desarrollados, son las mismas en su esencia, aunque reducidas á menor grado, que aquellas otras silenciosas y continuas que producen las oscilaciones micro-sísmicas, que casi de continuo, ó con extraordinaria frecuencia, agitan toda la masa terráquea?

Y para terminar esta serie de preguntas ó problemas secundarios, que son como miembros del problema principal, ¿será cierto que existan esos fenómenos sísmicos del orden mínimo que suponemos, esos estremecimientos imperceptibles, esas sacudidas pequeñísimas, que se esfuerzan por estudiar los físicos italianos y otros muchos de diversos países; ó son por el contrario ilusiones de los

sentidos ó cuando más meros accidentes sin fundamento sólido ni generalidad alguna?

Como existe la electricidad en grado reducidísimo en el ámbar frotado; y la diferencial de la vida en un giron microscópico de protoplasma, ¿existirá el terremoto infinitamente pequeño en la ruda y trastornada masa de nuestro planeta?

Para contestar de algun modo á todas estas preguntas sería preciso exponer las varias teorías que la memoria de que tratamos indica en su primer capítulo, ó por lo ménos las dos teorías opuestas que con más defensores cuentan hoy en el terreno de la ciencia: á saber, la teoría francesa de Laplace, Fourier y Elie de Bomont, ó sea la del *fuego central*, y la teoría que podríamos llamar, si no se opusieran á ello las leyes etimológicas, de la *meteorología interna* del globo, doctrina sostenida principalmente por los físicos y geólogos italianos.

¿Es la tierra no más que una costra sólida alrededor de un inmenso núcleo fundido, ó es una masa sólida toda ella, llena de oquedades, conductos y grietas por donde circulan agua, aire, gases, vapor acuoso, líquidos explosivos quizás, la electricidad y el calor, como circulan por la atmósfera, aunque en otras condiciones físicas y químicas? Todo esto pudiera ser materia para otros artículos, pero no tiene cabida por hoy en este, que probablemente ya habrá fatigado la bondadosa paciencia de nuestros lectores.

JOSÉ ECHEGARAY

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentación*, 2 tomos.—*Escultura y Gléptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON